

Los extranjeros

3. La casa, la chica y el árbol

La casa era espectacular. Realizaba la máxima zen de integración del interior y el exterior en acero y madera con precisión alemana. Un rectángulo aplanado, que se separaba de la tierra sólo lo suficiente para disimularse en el bosque, que crecía alto y espectral. La chatura de la planta sólo era interrumpida por una larga chimenea oscura, del color de los troncos, que en su parco decoro, destilaba un puritanismo de la más baja calaña. Pero esa extrema sobriedad estallaba en un éxtasis aquella noche, como un plato volador recién descendido, disparaba destellos en la espesura y bajos profundos y rítmicos que retumbaban en el pecho. Pasamos por un estacionamiento repleto de autos de alta gama -en Alemania, los mercedes son para taxistas. La puerta se abrió y un chorro de sonido húmedo, como salido de las fauces de un monstruo profano, nos succionó hacia dentro.

La concurrencia parecía muy selecta: todxs se veían muy bellxs, jóvenes (¿demasiado quizás?) pero sobre todo muy bellxs, sospechosamente bellxs. Probablemente fueran ricxs. Quiero decir: no es que lxs ricxs sean por principio bellxs aunque sí lo es que mucha gente se vuelve rica por ser bella. También se puede ser bellx y ricx por herencia pero ello requiere una conciencia firme sostenida a través de las generaciones. Así, los ricxs van perfeccionando su linaje al emparejarse con personas bellas. A la larga, entonces, ellxs mismxs se vuelven bellxs, lo que facilita, a su vez, que encuentren otra gente rica y bella para seguir con la tarea de segmentar la especie. Pero ¿a quién le importa el drama universal cuando a uno lo invitan a la fiesta? Eso por un lado. Por otro, se volvió patente la diferencia de edad que, muchas veces, es difícil de advertir en el unx a unx. Valga un dato crucial: Donny era el único pelado en toda la fiesta. Si se hubiera tratado de mí, que con mi calva incipiente no dejaba espejo sin chequear, tal notoriedad hubiera sido suficiente para amedrentarme. Él, por el contrario, se abría paso entre lxs chicxs, petulante, como un animal exótico, seguro de que esa cabezota suya estaba en la cúspide de la pirámide alimenticia.

El roce de lxs cuerpxs, su calor y proximidad, la música al palo, la mezcla de perfumes y humo, sudor y olor a cerveza

derramada sobre las alfombras mullidas y los finísimos muebles de haya, me resultó indigesta al principio. Además, la agudización de los sentidos anunciaba que la pastilla que había tomada en el auto comenzaba a hacer efecto y era claro que no estaba listo aún para sumergirme en la pista ni en la indiferencia adolescente por el esfuerzo ajeno. La diferencia de gradiente entre mi circunspección, que había ganado densidad durante el viaje, y el ánimo desaforado del entorno, fue demasiado intensa y no pude tolerarla. Me sentía un poco como el padre preocupado que entra a la fiesta solo para buscar a su hija descarriada. Además, como no conocía la sustancia que había ingerido -Ema la había presentado como "lo último en *Nederland*" y yo había quedado, al parecer, plenamente conforme con el prospecto-, tampoco podía prever los márgenes de paranoia y vértigo a los que me exponía. Me embargó una asfixia repentina y familiar. El aire se negaba a ingresar plenamente en los pulmones, como si hubiera una exclusiva que lo detuviese en el camino, en algún punto de la tráquea. En mi fantasía megalómana pretendía controlar la exclusiva activando una perilla de luz, de un modelo muy antiguo, de recorrido vertical y modelada en un plástico duro y negro como la noche -baquelita quizás. Sólo había que activar la perilla, me decía, pero no podía porque la perilla era irreal - aunque eso era justamente un argumento a favor de pretender accionarla con el pensamiento. Tenía que salir. Olvidar la perilla. Recibir el aire frío en la cara.

Así, refugiándome afuera por segunda vez en la noche, la vi, acodada sobre la baranda de metal, fumando, indiferente frente al jolgorio juvenil que se batía a sus espaldas. Mi salida -o entrada, según se vea- la sobresaltó: trastabillé con el marco de la puerta ventana aunque no llegué a perder el equilibrio. Me dirigió una mirada sorprendida -no era ninguno de sus amigos y estaba algo viejo- pero luego pareció recordar algo y su semblante mejoró, desnudando cierto interés.

-¿Sos uno de los amigos de Ema?

-Sí, hola, soy Migue.

-Nina, un placer.

Me tomé de la baranda y el anillo de bodas, al tocar el metal sobre el metal, retumbó con un *klang* apagado pero certero, al que intenté apagar inflingiendo más presión en mi mano.

-¿Querés? Y me extendiéndome un porro, sin advertir mi estado civil o mi confusión generaliza o, justamente, por eso

mismo. Acepté por cortesía, pero tampoco me sentó bien. Por un momento, temí perder el pie. Me sujeté más fuerte, intentando recomponerme manteniéndome tieso pero, como en una bici, la quietud dificultaba la estabilidad. Era una cuestión de velocidad, entonces, y con la primera certeza ganada, propuse un curso de acción posible.

-Me vendría bien caminar un poco.

-Puedo acompañarte si querés, a mí también me gusta vagar por el jardín cuando no hay nadie en casa. Bueno, hoy está repleto, pero entendés a lo que voy.

-Sí, creo entender. Es muy linda tu casa.

-A todo el mundo le gusta, mi padre ganó un premio por ella, cuando era joven y le importaba algo más que el dinero. En fin, no quiero aburrirte con la cháchara de niña bien quejándose de sus padres. ¿Así que sos músico? Ema me dijo que estuvo muy bueno el concierto. Me hubiera gustado ir pero tenía que ocuparme de preparar todo para la noche. Las fiestas no se hacen solas.

Hablaba un inglés pausado y poco afectado. Me agradaba, iba bien con la neutralidad extrema de su aspecto y su sonrisa fácil y contagiosa. Por mi parte, ya estaba muy confundido con el asunto de la lengua y el pasaje del inglés al alemán y del alemán al castellano y de vuelta al inglés, era una maniobra, sencillamente, imposible. Me entregué, vencido, a una interlengua absurda pero, al parecer, no del todo incomprensible. Además, algunas cosas son más fáciles de decir a media voz. Asunto que, por su parte, no hacía más que ratificar la convicción de que no estaba haciendo lo que estaba haciendo. Esto es, sentirme irremediabilmente atraído por Nina y su corte carré, por el enterito de jean gaspeado y las all stars negras. Me sentía viviendo en una canción de The Cure, una de las felices, de las que dan ganas de bailar. Lo que, por su parte, tampoco contribuía con mi capacidad de sopesar con distancia el sentido de los acontecimientos. Acorralado, entonces, intenté escapar por la tangente del pasado.

-¿Ese es un roble?

Dije, señalando al gigante gris que se que asomaba junto a la casa. Se me dio por contarle la historia de mi propio roble, el que mi padre o mi tío -no existía consenso en cuanto a su autoría- había plantado en la vereda de mi casa de Wilde, el día de mi nacimiento. De niño, encontraba en su vigor juvenil un signo de mi propia vida y con los años desarrollé una profunda empatía por el árbol y sé que él, a

su manera enigmática, también me quería. Una vez, incluso, lo salvé de una plaga de termitas pateando su interior infestado. Contra lo que se piensa, el árbol vive en su corteza y no en el interior, así que una vez erradicada la plaga que roía sus entrañas, el árbol siguió creciendo feliz. No tuvo la misma suerte cuando dejamos Wilde y lo entregamos al ansia podadora de lxs vecinxs. "Ensuciaba" la vereda con sus hojas y con su alta copa tapaba el alumbrado público, de por sí insuficiente. "Era una boca de lobo", decían, y todo era por el árbol. Así que lo podaron hasta reducirlo a un amasijo inviable de muñones. Convirtieron su hojas resplandecientes de la primavera al símbolo gris y amputado que proclama, desde la puerta de mi casa infantil, la ignominia de la humanidad.

Arrastré mis dedos por la corteza rugosa, hundí los dedos en los surcos. Me dejé llevar por los meandros sinuosos. Quise abrazarlo, aunque fuese vicario. Me contuve, por fortuna, pero quedé en un gesto intermedio, a mitad de camino entre el abrazo y un palpado médico, como si estuviese invitando al árbol a bailar una pieza. Nina, que había permanecido en silencio durante toda la secuencia, se volvió sobre su hombro izquierdo, estábamos unx junto al otrx, y me ofreció una sonrisa hermosa, mientras su melena pelirroja dibuja un vaivén desordenado. Los ojos de un claridad incierta se le achinaban al sonreír y una finísima película de lágrimas se acumulaba entre los párpado entrecerrados y los hacía brillar. Luego, gotitas pequeñísimas se enredaban en sus pestañas transparentes, duraban un momento y luego caían o desaparecían sin razón. Debo haber quedado azorado, intentado desentrañar las causas de tanta belleza, como un científico loco que ha perdido el pudor y sólo se interesa por revelar el misterio. Advertí, al cabo, signos de incomodidad ;No era para menos! Retiré torpemente la vista, sabiéndome atrapado en un acto impropio, mostrando las cartas antes de la primera mano. Quise desviar la atención una vez más y hablar de cualquier cosa pero ya era tarde. Nina lo sabía todo o, cuanto menos, todo lo necesario.

-¿Entramos?

-¿Tan mal estoy?

Le dije y llevó su mano a mi frente, como si me controlara la temperatura.

-Para nada, estás perfecto. Creo que te vendría bien bailar un poco.

- Sí, puede ser.

Dejamos atrás el jardín, el árbol, el pasado. Regresamos a la casa en silencio. Ya no éramos dos extraños. Entramos. Esta vez, fue sencillo dar con Donny: bailaba desahogado en medio de la pista, con la camisa abierta y la calva brillante. Resplandecía. No recordaba haberlo visto tan contento. La droga le había pegado bien, sin dudas. Lo abracé y comenzamos a bailar, a bailarnos el uno al otro. Me decía cosas como "Miguelín, esto es increíble" y se reía con un cigarrillo en la mano y una botella de cerveza en la otra. El riesgo de terminar quemado era alto y se había formado un círculo de seguridad entorno suyo. A nadie parecía molestarle demasiado. Hacía mucho calor y la música se ponía cada vez mejor. Afuera, el jardín helado y el árbol espectral se veían aún más deformes a través de la pared de vidrio, empañada por las emanaciones de lxs cuerpxs. El frío exterior se presentía y volvía más acogedor estar de aquel lado.

Me dejé llevar, ahora sí, por la música: en el comienzo un apocalipsis industrial, aparentemente errático y desordenado, voces venidas de lejos, lenguas desconocidas, sonidos más que palabras, máquinas y partes de máquinas, válvulas orgánicas y de las otras, aperturas y cierres, secuencias. Es un tiempo de incerteza el del comienzo pero hay que confiar en la dj, me decía. La dj, por su parte, se veía muy interesante, toda de negro, casi una sombra. Estaba trabajando, muy concentrada. Parecía japonesa ¿Sería Tommy Tokio? Le pregunté a Donny si la conocía. No hubo respuesta. No importaba. En progresión lenta pero continua, el beat fue ganando forma e intensidad. No había ninguna intimidad en la música de "Tommy" pero, sin embargo, algo progresaba sin cesar. Y yo quería más y más. Cuando llegó el climax, una ola de alegría invadía ya mi pecho y un calor arrasador subía por las manos y las elevaba al cielo. Mi cuerpo era el fusible, el dispositivo transmisor de la energía. Un catalizador circunstancial, una resistencia incandescente que funcionaba gracias al movimiento permanente de lxs cuerpxs.

Por dentro, una lluvia de imágenes auto complacientes me invadían. Volvían Hans Rainer y su sonrisa entusiasta, su bigotillo, un hipotético estudio de la WDR - sospechosamente similar al de *From the basement* de Radiohead- pero, sobre todo, la convicción de que, finalmente, mi momento finalmente había llegado. Que todo el rechazo y el desprecio, que todo eso de "sí, podría ser pero no", habían terminado para siempre. De una vez por todas la permanente sensación de futilidad, que me perseguía desde la más tierna infancia, encontraría su antídoto definitivo. Volvían imágenes de la juventud

también: Donny en el patio del Inmaculada, con su barba raleada y su carota de hombre-niño picada de granos; los doce años de colegio católico; el conurbano: las calles solitarias, los amores perdidos y la noche. En momentos así es difícil mensurar el tiempo pero cuando "Tommy" terminó el set, la gente comenzó a irse y la música a volverse más errática, demasiado genérica. ¿Dónde irían en busca de más intensidad? ¿A un sucio bar debajo del viaducto de Köln Süd? ¿A un bunker post-industrial en Leverkusen? Nina hablaba con un chico, movía los brazos, parecía reclamarle algo. El chico negaba con la cabeza, en un gesto irremediable: se marchaba, como el resto. La dejaban sola, con el corazón y la casa en ruinas. Ahí parada, iluminada por las luces de los autos que se iban, como faros fugitivos, Nina me regalaba un momento clásico, casi cliché. Pero, a fin de cuentas: ¿por qué temerle tanto al chiché? ¿No es acaso el lugar común la condición de todo encuentro?

Sea como fuere, me sentía en medio de algo, de una revelación, no sé; lo único claro era que la fiesta debía continuar. Así que, en el estado de certeza iluminada en que me encontraba, por segunda vez en la noche asumí el compromiso de musicalizar el espacio común. Logré desenmarañar a Donny, trenzado con Ema en secuencia porno sobre el cuero del Van der Rohe, y me hice con la llave del auto. Todo muy adolescente. Sobre todo mi impertinencia. Salí al frío y a las altas copas de los árboles que se movían al unísono, arrulladas por el suave viento helado. La nieve crujía de nuevo bajo mis pasos, acelerados y torpes esta vez. Abrí el baúl y saqué el celular de la mochila -lo había dejado porque era completamente inútil fuera del alcance del wifi. Además, tomé la billetera y las llaves. Fue un reflejo conurbanero el que me hizo agarrar mis cosas, un gesto automático fundado en la ley que manda a "nunca dejar desatendidos los efectos personales". Aún, claro, cuando yo mismo sería el primer sospechoso en caso de hurto. Bueno, estaba Donny que fungía mejor en el papel de extraño peligroso, pero yo sería incriminado sin dudas. Este evento, aparentemente intrascendente, luego se revelaría crucial.

De momento sólo estaba interesado en una lista de reproducción: "apocalipsis de baja intensidad"-sí, no le temía al fantasma de la nominación. Un compilado de pretensiones bailables, repleto de tecno ochentoso y clásicos postpunk. La concurrencia, sometida a un proceso de destilación natural durante la noche, había sido reducida drásticamente. Nina hablaba ahora con un chico gigante de pelo rosa y gestos pequeños y delicados. Parecía contenerla, decirle que se olvidara del pibito de campera

de cuero y musculosa blanca. ¿Quién se creía? ¿Fredy Mercury? ¡No, qué se muera de frío, qué se muera de ausencia! Llegado a este punto era evidente que estaba por completo determinado a gustarle. No podía dejar de pensar en esas pequillas minúsculas sobre los pómulos altos, en sus cejas claras y levemente rojizas. Ni que hablar del pelo, que, desmechado a lo Cobain, le caía lacio sobre la cara y motivaba, cada vez, un retiro primoroso con las manos. Mientras me hacía de las consolas para conectar mis dispositivos electrónicos y ponía la música a sonar, Nina volvió de la cocina al ritmo de "walking in my shoes", sosteniendo en cada mano una espumante botella de Veuve Clicquot.

De allí en más, mi recuerdo se vuelve más incierto, fragmentario. El baile fue creciendo en intensidad, eso es seguro. Recuerdo el calor y las gotas de transpiración empapándome la cara. La sal del sudor ardiendo en mis ojos. La recuerdo a Nina bailando conmigo. Nos regalábamos pasos y magia. Mucha magia. Sus brazos en mis hombros también, su mano, como una garra suave, en mi nuca mojada. Sus labios carnosos y húmedos. Después me pidió que la siga, la música retumbaba como un zumbido cada vez más lejano mientras nos adentrábamos en las entrañas de la casa. Atravesé pasillos revestidos en piedra, bajé por escaleras. Corríamos y nos reíamos. Los eventos adquirirían la irrealidad de lo impersonal. De pronto, el espacio abierto y la superficie del agua humeante. Nina sacándose la ropa a la carrera. Llevaba su desnudez tan naturalmente que parecía estar desprovista de erotismo, como si no me fuera referida, ni a mí ni a nadie. La imité con reserva, no queriendo comprender del todo. El agua caliente me comprimió el pecho. Me refrescó a la vez. Cosas imposibles. Nina se sumergió y, debajo del agua, me marcó el camino. Emergimos en el aire helado. El vapor se hacía más frondoso a la intemperie y subía aún más alto. Había dejado de llover. La luna se colaba entre las ramas desnudas y un manojo de nubes afiladas le desgarraban el corazón.